

LA ESCUELA DE SALUD PÚBLICA: CUNA DEL SANITARISMO ARGENTINO

En esta dependencia de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires (UBA) se forjaron varias generaciones de profesionales médicos, muchos de los cuales tuvieron un paso trascendental por la función pública. Pasado, presente y futuro de un centro académico clave.

A mediados del siglo pasado y cuando la salud pública comenzaba a expandirse hacia la Argentina profunda, muchos de los actuales ex alumnos de la Escuela de Salud Pública promoción 1970 caminaban por los pasillos de algún hospital público. La impronta de quien por entonces ocupaba la Secretaría de Salud y luego el Ministerio de Salud en tiempos del presidente Juan Domingo Perón, el doctor Ramón Carrillo, había sentado las bases para el nacimiento de los médicos de hospital.

La Escuela de Salud Pública de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires (UBA), fundada tiempo después (en 1959, durante la presidencia de Arturo Frondizi), fue un respiro de aire fresco luego del sombrío período



“La Escuela tenía la función de formar a los médicos sanitarios, que iban a ser responsables de impulsar y manejar todos los planes de salud que se iban a realizar en el país, tratando de promover la salud, la atención primaria, la prevención y el mejoramiento del sistema de atención hospitalaria”.
Abraham Sonis.

de la Revolución Libertadora. Ex alumnos de esa corriente forjadora de médicos sanitarios se reunieron después de 41 años de haber pasado por sus aulas. Y el reencuentro fue *bastoneado* por quienes entonces tenían un peso singular en dicha carrera, los profesores Abraham Sonis y Aldo Neri. En el Aula 109 ubicada en el primer piso de la escuela, al volver a pasar lista como *en aquellos viejos tiempos*, dijeron presentes: Mario Africano; Julio Calcagno Bonfanti; Olga Costantini; Rosa María Durante; Ginés González García; Ricardo Hamilton; Alberto Mazza Lardani; Guillermo Masnatta; Carlos Pacheco; Osvaldo Pellín; Alberto Riobó; María Enma Rodríguez y Florentino García Scarponi. Ausentes con aviso: Julio Enrique Deschutter y María Felisa Lemos Ramón González y Diego Isasa.



“La Escuela tenía la función de formar a los médicos sanitaristas, que iban a ser responsables de impulsar y manejar todos los planes de salud que se iban a realizar en el país, tratando de promover la salud, la atención primaria, la prevención y el mejoramiento del sistema de atención hospitalaria. Yo me hice cargo en 1966, hasta 1971, cuando me sucedió el Dr. Aldo Neri. La filosofía de la escuela era asumir todos los desarrollos que se estaban dando en ese momento en el campo de la salud en el mundo, que promovían la oficina sanitaria panamericana y la OMS, que estaban en un período de expansión de los programas”, recordó el Prof. Abraham Sonis.

“En Argentina –continuó– había también mucho interés en desarrollar esos programas de atención de la salud y teníamos que capacitar a los profesionales adecuados para dirigirlos. Y así fue como se formaron muchos de los funcionarios provinciales y nacionales que llevaron adelante distintos programas de salud pública. El dato fuerte es que habíamos abierto un camino importante en la década del 60 en la formación profesional y además contribuimos a mejorar el sistema de atención pública en Buenos Aires. Creo que finalmente salieron destacados sanitaristas que ocuparon cargos públicos y cada uno, en la suma y a su tiempo, hizo su aporte para este enorme desafío que hoy sigue siendo la salud pública”.

El doctor Aldo Neri está orgulloso de haber sido primero médico rural y luego sanitarista. Recorriendo ambos caminos terminó siendo

De izquierda a derecha, en la primera fila, Abraham Sonis, Aldo Neri, Ginés González García, Osvaldo Pellín, Mario Africano y Alberto Mazza; en la segunda fila, Guillermo Masnatta, Olga Constantini y Rosa María Durante; en la tercera fila, Richard Hamilton, Florentino García Scarponi, Enma Rodríguez de Yep y Carlos José Pacheco; y en la cuarta fila, Alberto Riobó, Eduardo Gómez Lestan y Julio Calcagno Bonfanti.

político. Fue profesor de Salud Pública en la UBA durante nueve años con dedicación exclusiva y dirigió la Escuela de Salud Pública. Con la llegada de la dictadura en 1976, se fue a otros países como consultor internacional. Al regresar la democracia en 1983 y con Raúl Alfonsín como presidente, retomó la función pública como Ministro de Salud y Acción Social. A fines de la década del 80 y principios de los 90 asumió su labor como diputado nacional. La vida lo ha hecho un gran lector pero al mismo tiempo un eximio autor en temas de salud, leídos a diario en los principales medios y revistas especializadas del país.

“Nuestro país tiene tradición de médicos sanitaristas formados en la *trinchera*, que fueron los que de alguna manera le dieron la esencia a la escuela de salud pública, a donde comenzaron a llegar jóvenes profesionales becados de las provincias que compartían las clases con una minoría local. Eran nueve meses de turno completo, ocho horas diarias, de lunes a viernes. Algo así como 1200 horas anuales. Como antecedente funcionaba la escuela que dependía del Ministerio de Salud hasta que se fusiona con la UBA y el que organizó todo eso fue David Sevlever y ese período duró hasta el golpe de [Juan Carlos] Onganía, que produjo una

migración muy grande. Pero en el caso de la Escuela de Salud Pública se dio algo así como una isla porque había toda una idea de iniciar un proceso de tecnificación del Estado y eso la preservó”, recordaba Aldo Neri.

También ex ministro de Salud, Alberto Mazza formó parte de la promoción 70 cuando ya se encontraba trabajando en la gestión de obras sociales. Luego de su paso por las aulas ingresó a la gestión pública. “La escuela fue muy útil para mí sobre todo porque me permitió sistematizar una cantidad de conocimientos que había ido adquiriendo con la experiencia pero que no llegaba a ordenarlos. Y en esa época el curso requería de una dedicación muy grande, un año entero full time y con trabajos prácticos que me ayudaron a sistematizar las ideas que tenía. El país necesita de escuelas en las que se estudie con ese ritmo, es una de las cosas que deben recuperarse en la educación y yo creo que además de una fuerte capacitación tiene que haber una gran selección para que se puedan formar profesionales líderes en la salud. Cuando pasé por la Escuela tenía 32 años, una edad importante para tomar decisiones y definir qué camino hay que seguir”.

Olga Costantini vivía en pleno campo y concurría a un Instituto Nacional, con los típicos edificios creados por la Fundación Eva Perón en las afueras de los centros urbanos, a 17 kilómetros de la ciudad de Santa Fe y vecina a una localidad llamada Recreo. “El trabajo era de alto nivel en epidemiología y control de la tuberculosis. No soy médica, soy estadística y me había casado con un médico que fue a trabajar allí en 1964, y ya tenía a mis dos hijos, una nena de 3 años y un varón de 7 meses. Marchaba todo muy bien, pero quería estudiar, vincularme con el lugar y las personas de referencia en la salud pública del país. Me ayudó mucho una amiga, la Dra. Carmen Oviedo, y me aceptaron en la escuela así que me vine con los chicos y mis padres de Rosario. Pasé algunos contratiempos al principio pero no dudaría hoy en hacer lo mismo. Me dio muchas satisfacciones y científicamente me ayudó a revalorizar mi trabajo y a mejorarlo”.

Los expertos de la Organización Panamericana de la Salud (OPS) se preguntan si un niño que nace hoy sobrevivirá y será un adulto sano en el 2050. ¿Vivirá lo suficiente para lle-

Líderes formadores

Para algunos, habrá sido la impronta de Carlos Alvarado para organizar estrategias de atención primaria que permitió crear la figura de los agentes sanitarios. Para otros, como el actual embajador en Chile, Ginés González García, el compromiso de aquella gran figura de la salud como Ramón Carrillo que supo conjugar la teoría con la acción. De esos vientos que soplaban en una Argentina que soñaba con alcanzar el desarrollo, proviene la generación de médicos que pasó por las aulas de la Escuela de Salud Pública, entre el onganato y la última dictadura militar “Tengo un muy buen recuerdo de mi paso por la escuela porque además de la formación, fue la posibilidad de cruzar las distintas experiencias que cada uno de nosotros traía con el ímpetu de provocar cosas. Eso más el sentido de pertenencia que la escuela nos alimentaba el espíritu solidario que todo médico sanitarista debe tener”, contó González García. Como bien lo definió Mario Africano, otro de los asistentes al encuentro, la Escuela de Salud Pública les “permitió conocer el otro mundo de la medicina, el de la administración, la gestión y el de tener el concepto de enfermedad sobre poblaciones y no sobre individuos aislados. Ser, en definitiva, más útiles a la sociedad”.

Ginés González García,
al destacar la figura de
Ramón Carrillo



gar al 2102, cuando la OPS celebre su bicentenario? ¿Qué opciones y elecciones tendrá en la vida el niño que hoy crece en un ambiente de escasos recursos o en un contexto propicio? ¿Quién decide si vivirá o morirá, será sano o estará enfermo? Aún persiste en muchos de los ex alumnos de la promoción 70 el anhelo de ver un sistema de salud integrado, que cubra la atención primaria y permita el acceso a todos. Y que pueda salirse de una buena vez de su estado en emergencia permanente. Lo susurran entre ellos, lo discuten como si prepararan una revuelta en aquellos años 70. Y coinciden en que aprovechando las nuevas herramientas tecnológicas y los diversos modelos de gestión, hay que volver a sentar las bases de una Escuela de Salud Pública que forje líderes con visión. Como asegura la OPS, parte de la naturaleza misma de la salud es que la manera como actuamos hoy define el futuro. ▮